

ANTE UN PUBLICO ADICTO ACTUO EL CANTOR DE LA REVOLUCION CUBANA

CARLOS PUEBLA: MUCHO FIDEL Y POCO DE LO DEMAS

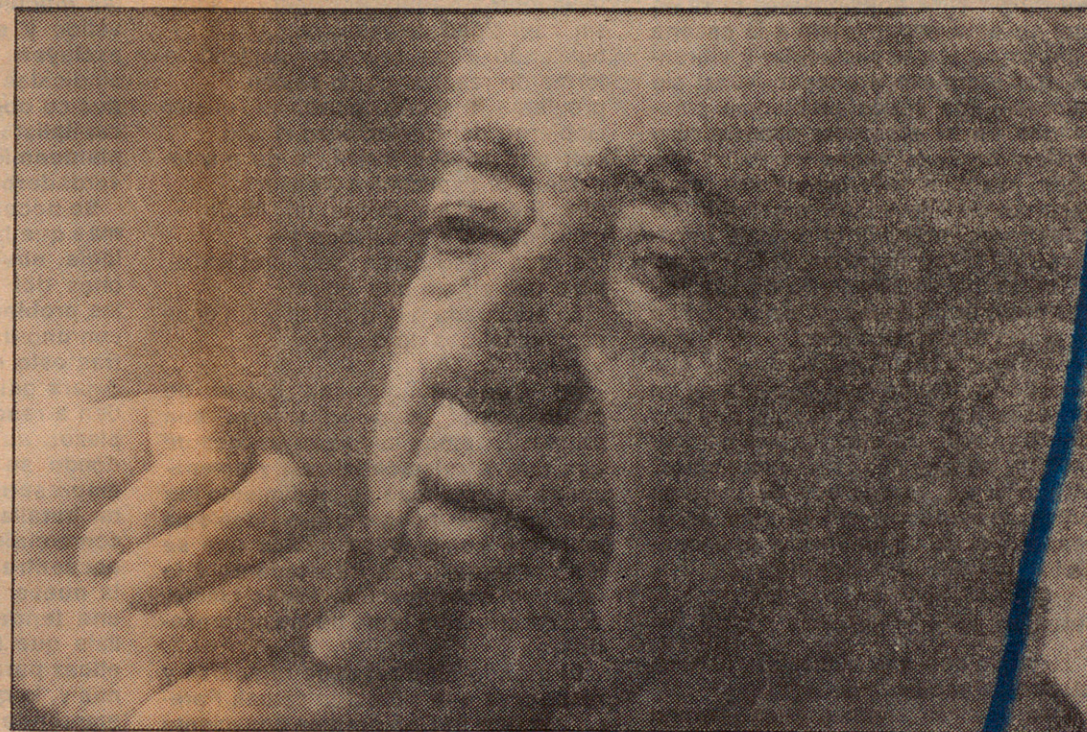
Ante unos tres mil adictos actuó Carlos Puebla que es el máximo exponente de la canción postrevolucionaria cubana. Hace dieciocho años que está triunfó y es la edad que el cantor dice cree tener en muchas ocasiones. Carlos Puebla es un cantor revolucionario. Y si algo hay que aplaudir en él, se supone que lo que se aplaude es lo segundo. De ahí el gentío entusiasmado. De ahí también los hurras a «Sierra Maestra», «Comandante «Che» Guevara», «Camarada Allende» y «Fidel». Fidel en los recitales de Carlos Puebla es Dios. Un Dios en un Olimpo donde hay dos. El otro es el pueblo cubano. Y en tre canción corta y canción corta, Carlos Puebla nos cuenta una larga batallita. Así tiramos aquel avión norteamericano. «Así les cerramos la refinería». «Así les derrotamos en Bahía Cochinos». De esta forma el recital de Carlos Puebla, acompañado de sus «Tradicionales», guitarra, maracas y percusión se convierte en una clase de teoría políticos-social-militar revolucionaria. Las canciones no son más que meros soportes, como unas diapositivas

mentos. Cada una ensalza a una efemérides, a un camarada. O sea orientadoras, de aquellos moque todo es un adoctrinamiento de la masa. Si esta comparte la ideología del cantor, y si le gusta este tipo de asuntos, aplaudirá convencida. Si no, ya se imaginan. Porque placer por la música ninguno ha habido en el recital barcelonés. Por un lado no se oía casi nada, por otro el eco distorsionaba hasta los discursos generosamente prodigados por el cubano.

Entonces nos encontramos que tenemos que hacer la crítica un poco por referencias. Poniéndole mucha imaginación al asunto. Digamos que somos conscientes que en este país hemos tenido que soportar en muchísimas ocasiones cantantes partidarios del poder establecido que postulaban la supervivencia de ese esquema. Y hemos dicho que eso no estaba bien. Ahora comienzan a llegar otros que propugnan por el establecimiento de otro tipo de sistemas. Y seguimos diciendo no. El apalazamiento teórico debe tener otras vías que no la canción. Y que conste que dejamos bien claro que la

crítica se hace desde aquí y ahora. Que comprendemos que quizá la labor de Carlos Puebla haya sido encomiable a base de hacer de su canción un elemento para contar la historia de un pueblo con dieciocho años de nueva a vida. Contaba Carlos Puebla que ninguna revolución se hace con analfabetos. Este recital se hizo son canción. Carlos Puebla se subió a su púlpito y cambió los evangelios por las ideas de Marx. Y adoctrinó, adoctrinó y adoctrinó.

RAIMUNDO MARTINEZ



MUNDO POP

Por Angel Casas

LOS NIÑOS NO

SON TAN NIÑOS

En mi infancia me regalaban libros de la colección «Historias» (donde hay un libro-tebeo mañana habrá un comic y una película). Ignoro si se siguen editando, pero aquellos libros consistían en un combinado de texto e historietas. La historieta de la página de la derecha venía a decir lo mismo que el texto pero abreviado y resaltado.

Carlos Puebla, cubano viejo que dice contar con 18 años de edad, los dieciocho años de la revolución de Fidel porque antes aquello no era vida, funciona a nivel de un libro de la colección Historias. Encuadrado como un cantante de nuestra infancia —él y su cuarteto vistiendo uniforme y corbata— plantea la historia de la revolución cubana, las vicisitudes y los logros, como un libro de aventuras para niños. Héroes y heroicidades y al mal tiempo buena cara. Los puntos álgidos de la historia que cuenta —héroes concretos, logros fundamentales, actitudes comunes— los resalta con la historieta, o sea la canción.

El resultado es un espectáculo maniqueísta, didáctico que, visto con una cierta distancia, tiene bastante gracia por la vitalidad del viejo cantor, la nostalgia de la forma y lo sorprendente de las guajiras con lenguaje de la revolución.

El asalto al cuartel Moncada, la llegada de Fidel, el homenaje a Camilo Cienfuegos,

el desembarco de Bahía Cochinos, el derribo de un aparato yanqui, la reforma agraria, la campaña de alfabetización, el bloqueo USA, la expulsión de la OEA, el recuerdo al Che, la solidaridad con Puerto Rico, la admiración hacia el pueblo vietnamita, el Watergate, etc., constituyen los momentos culminantes de la aventura.

Y vamos con la segunda. En otro orden de cosas, y a pesar de los aplausos adhesivos, el recital constituyó un completo desastre. Muy poco público y sonido, no ya flojo, sino penoso.

De muchos puntos de la sala se levantaban voces gritando que no se oía. Y era verdad. Las guitarras sonaban como un murmullo y las palabras precisaban una escucha atentísima para perderse solamente la mitad. Un ridículo equipo de amplificación insultaba al público que había pagado cuarenta o cincuenta duros.

Sumando a todo ello la pésima acústica de bóveda del Palau Blau Grana.



Clave de pop

Carlos Puebla: Recital con predicación

Cantante cubano y testimonial, Carlos Puebla es un veterano luchador por las libertades humanas y, sobre todo, un buen narrador de la revolución de su país. Dio un recital en el «Blaugrana» el viernes por la noche, con poco menos de media entrada (el cantante aún no ha llegado a las masas en Catalunya) y con la habitual carencia de condiciones acústicas con que suele agradecer aquel local a quienes intentan cantar en él.

Cincuentón muy bregado en la rumba y el cha-cha-cha, Puebla disfruta de un formidable dominio de los ritmos caribeños que utiliza para explicarnos en plan de juglar las peripecias de la Cuba castrista y su lucha contra el imperialismo yanqui. En este sentido, ha encontrado mejor camino musical que Pablito Milanés y la gente de la Nueva Trova Cubana y, sobre todo, se desenvuelve con mayor soltura. No por ello deja de sorprender que con maracas y ritmos sabrosos se nos intente plantear canciones revolucionarias. A mi entender, el experimento es más que válido, ya que se utiliza un lenguaje musical popular y, sobre todo, digno, amén de disfrutar de un innegable atractivo y ritmo, cosa poco habitual en la canción testimonial.

Hasta aquí, Carlos Puebla está muy en su papel. Pero hay ingredientes en este recital barcelonés —y según las referencias de que dispongo, hace igual en todas sus actuaciones— que le dan un sesgo demagógico poco convincente: entre canción y canción se entrega a largas parrafadas para predicarnos con un lenguaje muy infantil sobre la revolución cubana. Ha elegido el camino de ilustrar cada una de sus canciones (que suelen estar compuestas de coplas en torno a los acontecimientos más destacables de la vida cubana en los últimos veinte años) con explicaciones larguísimas en las que se nos dibuja, como en los viejos films, a los «buenos» y a los «malos». Los imperialistas contra el pueblo cubano, a través de una narración tebeística no exenta de cierta gracia.

Al público le gustó la locuacidad del cantor y respondió con vítores cada vez que se ponía en evidencia a los «malos». Lo pasó estupendamente. El juglar cubano salió, pues, contento de habernos largado su personales «aleluyas» o la lectura de su «auca» caribeña.

J. Moya-Angeler

Y en eso, Carlos Puebla no se oyó

Un absoluto desconocimiento de la materia prima que se iba a emplear, un descarado desinterés por servir al ciudadano las más elementales condiciones de comunicación y percepción en el acto organizado, fueron las notas predominantes del único y primer recital del cantor revolucionario cubano Carlos Puebla.

Sabido era que el Palau Blau Grana no reúne ninguna de las condiciones precisas para ofrecer actividades musicales y aún así más sabido es que se requieren unos equipos de sonido capaces de superar las adversidades acústicas. Pero nada de eso hizo la organización como tampoco se volcó en la promoción del recital a fin de dar a conocer la presencia de Carlos Puebla, nombre más que sugestivo para llenar el aforo del Palau Blau Grana y dejar todavía muchísimas personas en la calle.

Sin embargo, menos de un cuarto de entrada. Una pena. Un desastre. Los que acudieron hicieron lo posible por caldear el ambiente. Ovaciones para las pancartas que exigían una

amnistía total. División de opiniones ante el ondear aislado de una bandera ácrata. Y unas ganas tremendas de escuchar los textos mordaces, directos, contundentes de Carlos Puebla, el joven anciano que naciera hace dieciocho años, porque —como él dice— antes de la revolución aquello no era vida ni era nada. Pero la buena voluntad y la predisposición no podían hacer milagros y a Carlos Puebla con sus Tradicionales no se le oyó. Llegó, estuvo, se volcó, se entregó, se dejó el alma y la voz a girones, pero no se le oyó. El trasiego constante del público, buscando un lugar donde poder entender lo que se decía y lo que se cantaba —que Carlos Puebla habló más que cantó— hacía perder aún más la concentración idónea para que la comunicación establecida por simpatía, lo fuera también por entendimiento e inteligencia.

Durante dos horas y media, Carlos Puebla, infatigable cronista de la revolución intentó hacer llegar a todos los oídos su mensaje y sus canciones.



Explicó de pe a pa cómo llegó Fidel y cuanto hizo desde su llegada por el pueblo cubano.

El momento culminante de la noche llegó cuando Carlos Puebla evocó al comandante Che Guevara. El público escuchó la canción puesto en pie y cada estrofa era subrayada por una salva atronadora de aplausos, como si se multiplicara por arte de magia el número de manos. Era el final de la primera parte. Eran las doce menos diez de la noche. Y aún Carlos Puebla se entregó en otra canción también dedicada al Che, no en su vida, sino a la hora de su muerte. Y el son calló.

La segunda parte fue más dialéctica que la primera. Carlos Puebla explicó anécdotas y vivencias de sus estancias por otros países de América latina y de Europa y el modo cómo componía nuevas canciones a medida que le iban llegando noticias de Cuba, de Chile, de Vietnam, de Estados Unidos.

A cada nueva canción Carlos Puebla se mostraba más sarcástico, más corrosivo. Su pragmatismo se hace más digerible a través de la ironía. Verdaderamente lamentable que todo se tuviera que intuir, porque la mayor parte del público era incapaz de captar ninguna estrofa. Carlos Puebla arremetió contra Pinochet, contra la OEA, contra la Alianza del Progreso,

contra el sucesor de Nixon, Gerald Ford y ensalzó al pueblo de Puerto Rico y al pueblo de Vietnam.

Si en la primera parte se atuvo a la crónica de la revolución cubana, en la segunda expresó el sentir, de puertas afuera, del pueblo cubano con relación al resto del mundo, bajo su prisma socialista.

Tenemos que exigir una nueva actuación de Carlos Puebla, en un espacio adecuado, para saborear una vez tanto los textos de sus canciones, como los ricos ritmos cubanos con que los adorna, acompañado de Los Tradicionales.

Carlos CARRERO

(Foto Pere Monés)



Salut, company Puebla

Divendres passat, Carlos Puebla cantava per primera vegada a Barcelona. Havia arribat a mitja tarda i l'endemà a les set del matí volava cap a les Canàries a fer nous recitals. L'enganxo de sobte al camerino, en uns vestuaris del Palau Blau-grana. Una ampolla de conyac marca «Magno» és damunt els seients; en queda només un culet. Amb ell, Santiago Martínez, Pedro Sosa «Sosita», i Rafael Lorenzo: «Los Tradicionales», grup que acompanya Puebla des de fa 26 anys. «L'any 61 ningú no feia cançó política —declara Puebla a Alvaro Feito—. Nosaltres la vàrem ensenyar. I això regà pel món».

Vaig conèixer Carlos Puebla fa prop d'un mes, a Madrid, mentre deixava bocabadats tots els tècnics de gravació de l'estudi discogràfic on enregistrava temes i temes. El que un cantant normal fa en tres mesos, el jovenet Puebla s'ho mastegà en quaranta-vuit hores d'estudi. El jovenet Puebla té seixanta-cinc anys biològics, però ell afirma que en té divuit: «Vaig néixer l'any 59, amb la Revolució. Llavors vàrem començar a viure».

D'ençà de Madrid, ens hem vist un parell de vegades. A partir de la primera entrevista que li vaig fer, en un senzill hotelet de «la capital» molt a la vora del «local» del carrer Peligros —valgui'm un bon nom per a la seu del PCE!—, sempre em saluda amb el puny clos. Al Blau-grana, em rep amb una abraçada. Una periodista «engagé» li fa una entrevista. En Carlos està més atent a llançar-li galanteries que no al qüestionari. «Vaig néixer amb una guitarra sota l'aixella», «Barcelona és bona si la bossa sona», «La Revolució Cubana ha influït en la meua cançó i en iot, donal, i no solament a Cuba...», «Jo faig una cançó purament política, de la política bona, però: la que serveix al poble», «No, dona, la samba no és un ritme típic cubà...», «La roda de la història no fa marxa enrera. Al qui intenti de deturar-la, li passarà pel damunt», «No, no adorem Fidel. No és una adoració religiosa ni mítica: és admiració, quelcom molt més gran...», «Els cantants pertanyem al

sindicat nacional d'arts i espectacles. El sindicat és un intermediari entre l'empresa, que és l'estat, i el treballador, que també és l'estat».

—Escolta —em diu la col·lega—, què li puc preguntar més?

—Pregunta-li coses de la Revolució Cubana...

—De la Revolució Cubana en parlo damunt l'escenari... —Diu, segur, Puebla.

—Carlos, a escena...!

«Así pensaban seguir, ganando ciento por ciento/ con casas de apartamentos y echar el pueblo a sufrir»...

Carlos Puebla és rebut amb un aplaudiment d'aquells tan forts: s'aplaudeixen tantes coses alhora, aplaudint Carlos Puebla...!

«Y seguir de modo cruel, contra el pueblo conspirando/para seguir explotando, y en eso llegó Fidel»...

Puebla i «Los Tradicionales» van «uniformats», com si sortissin de la capsa.

A Madrid, plegant de l'estudi, se'n van anar com la bala cap al sastre. Els de la «Nueva Trova» també es varen comprar roba i sabates, quan van ser aquí. Bon tall (de sastre).

«Y se acabó la diversión, llegó el comandante y mandó parar./Aquí pensaban seguir, tragando y tragando tierra»...

L'amplificació era horrorosa. Els micros semblaven d'aquells que hi havia a les esglésies quan era només a les esglésies on hi havia micros. Però Carlos Puebla va passar pel damunt de tot. Com si just acabés d'arribar de «la Sierra».

«Sin sospechar que en la Sierra se alumbraba el porvenir,/y seguir de modo cruel la costumbre del delito»...

Carlos Puebla endinya canya als «imperialistes ianquis». Nixon, el Watergate, Ford, Carter, l'OEA, Pinochet, els «gusanos» de Miami...

«Hacer de Cuba un garito, y se acabó la diversión/llegó el Comandante y mandó parar»...

Però Carlos Puebla és, fonamentalment, un home de la Revolució, un home que s'estima més de parlar de la construcció i de la iniciativa, malgrat que té claríssim allò d'Eric Fromm: «de vegades, destruint també es construeix». Carlos Puebla canta a vola vent i llança el cor per la veu fent la crònica de la seva Revolució. A les seves lletres hi ha en Fidel, Camilo Cienfuegos, Ché Guevara, Martí... Però també hi ha Ho Chi Minh, els vietnamesos, els anglesos, Salvador Allen-





de... I la zafra dels deu milions, la feina voluntària, la campanya d'alfabetització: «Cuba, territorio libre de analfabetismo»..., la reforma agrària, els comitès de defensa, la milícia popular, l'intent d'invasió dels ianquis per Playa Girón: «No vino ni un proletario, no vino ni un campesino/ vinieron los asesinos contrarevolucionarios/ Vinieron algunos más, curas y capitalistas, expertos latifundistas y niños de sus papás». Realment, Carlos Puebla, dalt l'escenari, contra uns elements semipiternament en contra (ja diu en Paco Candel que això és lògic, puix que «Dios es de derechas, no me cabe la menor duda»), no va fer sinó parlar de la Revolució.

«Aquí pensaban seguir diciendo que los cuatrerros/ por aquí los bandoleros asolaban el país»...

La gent no volia que Puebla abandonés l'escenari. Aplaudiment final, punys enlaire, i un bis que es va fer també curt. La cosa no va sonar, però l'esquerra aguanta el que sigui amb una educació i un respecte que ja voldrien per a ells els absurds tractats-pamflet d'urbanitat: tot allò d'«el niño bueno calla cuando va de visita y el niño malo hace murallas»...

«Y seguir de modo cruel, con la infamia por escudo, /difamando a los barbudos, y en esto llegó Fidel»...

Al camerino-vestuari, Carlos Puebla fa volar un tap de xampany. Què afeccionats són, els cubans, als petards! Un company de feina em comentà gairebé al·lucinat que havia sentit el més bèstia que s'havia dit la ràdio del país. No sabia qui havia llançat per antena que això de la democràcia molt bé, però que amb els burgesos s'havia d'entrar-hi a sac. Ho dic tot suavitzant per evitar de caure en la temptació. Va venir a dir que sí, victòria a les urnes, però que els senyors que les han ocupades fins ara no se n'aniran si algú no els en fot fora. I llavors no pas amb educació.

Seguint el fil, l'home parlà de Xile. «Allende era demasiado buen hombre...» Es clar que parlava Carlos Puebla.

«Aquí pensaban seguir jugando a la democracia/ y el pueblo que en su desgracia se acababa de morir»...

—Ets militant del Partit Comunista, Carlos?

—No, militant no, però sóc comunista de tota la vida.

—Per què et fots tant amb els ianquis?

—Perquè són l'enemic fonamental de la humanitat.

—Hi ha cantants apolítics?

—No, perquè no hi ha «apolítica», home!

«Y seguir de modo cruel sin cuidarse ni la forma/ con el robo como norma, y en eso llegó Fidel»...

—Et van fotre candela, amb la dictadura?

—Bé, cal oblidar aquestes coses...

Avui Carlos Puebla afirma orgullós que és un treballador de la Cultura, un home que cobra un sou per la seva feina, depenent del ministeri d'aquella carter. Se sent protagonista de l'esdevenidor del seu país tot fent present. Veu que hi ha problemes, sap que Cuba tot just surt del subdesenvolupament i està convençut que «A Cuba no la para ni Déu», com canta en Quico Pi de la Serra. «Els misiles no van ser pas cap broma...!», assegura.

Ens conviden a xampany. Li dic adéu.

—No, adiós, no, eso para los muertos. Salut!

Tanca el puny i es disparen les mirades.

—«Hasta siempre», Carlos Puebla.

Antoni Batista.

